

Recomponiendo la higuera: el simbolismo del espacio en *La ruta de Arturo Barea*

Maja Zovko
Sveučilište u Zagrebu

1. SUMERGIRSE A TRAVÉS DE LA ESCRITURA: ARTURO BAREA ANTE SU VIDA Y SU TIEMPO

El nombre de Arturo Barea, una de las voces narrativas más destacadas del exilio republicano español, es asociado, sobre todo, a su trilogía *La forja de un rebelde*, en la que supo entrelazar intrínsecamente sus experiencias personales con el devenir de su tiempo. Eso se debe a una doble intencionalidad de la escritura de esta obra. Uno de los propósitos de Barea era, según destaca, registrar la vida tal y como la había “visto, vivido e intuido entonces, y registrar al mismo tiempo” (Barea 2000: 18) la historia de su adaptación a aquella vida, mediante las imágenes y sensaciones que alguna vez vivió y sintió (Barea 2000: 18). En este sentido, Arturo Barea no es ninguna excepción en la literatura de exilio, en la que abundan narraciones de matiz autobiográfico, dado que en “el exilio, el ser humano se encuentra en su estado más puro, sin el manto protector de su comunidad, por lo que necesita afirmar su personalidad a través de la palabra” (Sánchez Zapatero 2009). Pero, a la vez, no hay que obviar que contar su vida ofrece para un exiliado la posibilidad de “mostrar a través de la propia experiencia la versión histórica que se considera verdadera y de comprometerse con una cosmovisión identificada con un tiempo pasado” (Sánchez Zapatero 2009). Así, Arturo Barea, además del deseo de reafirmación mediante el recuerdo y la escritura, al explorar su yo pasado, que es “el de un miembro de aquella generación española que fue el núcleo de la guerra civil” (Barea 2000: 18), tuvo “la esperanza de exponer a la vista algunas de las raíces de esa guerra” (Barea 2000: 18). Con su memoria individual, cargada de tono íntimo, pero también de compromiso, Barea aporta al llamado “bagaje memorístico colectivo” (Aguado 2004: 101) la ampliación, la diversificación, el contrarresto y la negación de la versión oficial.

En su ensayo “La tradición eterna”, Miguel de Unamuno pone de manifiesto que “lo que cuentan a diario los periódicos, la historia toda del ‘presente momento histórico’, no es sino la superficie del mar, una superficie que se hiela y cristaliza en los libros y registros” (Unamuno 1957: 27). La “vida intra-histórica, silenciosa y continua como el fondo mismo del mar, es la sustancia del progreso, la verdadera tradición, la tradición eterna” (Unamuno 1957: 28). Arturo Barea, con su sutil percepción de la realidad circundante en la inmensa pluralidad de sus

aspectos, más allá de puros hechos históricos, se sumerge en el mar, complejo, agitado e intenso, del pasado español y de su pasado personal, para rescatar de él lo más profundamente humano.

Estas diferentes facetas, la personal, la intrahistórica y la histórico-política, confluyen y afloran en la obra de Barea a través de las evocaciones del espacio mostrando su innegable capacidad simbolizadora (Garrido Domínguez 2017: 208). En este artículo nos interesa la carga simbólica de las referencias paisajísticas en la segunda parte de la trilogía titulada *La ruta*, que comprende los años entre 1920 y 1925 (Caudet 2019: 25) y que narra la experiencia militar del escritor como sargento en Marruecos. El objetivo es analizar un espacio reducido, pero simbólicamente extenso, representado en primer lugar por una vieja higuera y sus alrededores, que se configura como una especie de búsqueda y confirmación de las raíces personales e identitarias, inseparables de las reflexiones sobre España en su vertiente histórico-política, pero que superan los límites de lo meramente histórico en clave de una visión universalista.

2. LA ANCESTRALIDAD Y EL UNIVERSALISMO DEL PAISAJE Y SU LECTURA

Como acertadamente observa Francisco Caudet, el comienzo tanto de *La forja*, la primera parte de la trilogía, como el de *La ruta* tiene una función anunciadora-anticipativa que establece una marca y derrotero narrativos (2019: 177). El primer párrafo de *La ruta* encierra la esencia del intimismo de Barea en su obra, así como la de su visión política, histórica y social:

Estoy sentado sobre una piedra pulida por millones de gotas de agua de lluvia; pulida como un cráneo pelado. Es una piedra blancuzca llena de poros. Arde con el sol y suda con la humedad. Enfrente de mí, a treinta metros escasos, está la vieja higuera, con sus raíces retorcidas como venas de abuelo robusto, con sus ramas contorsionadas, repletas de hojas carnosas, tréboles carcomidos. Al otro lado del arroyo, salvando el barranco, trepando cuesta arriba están los restos de la kábila (2008: 9)¹.

Esta cita desvela tres elementos sustanciales, que componen un cuadro de gran intensidad simbólica: la piedra pulida por millones de gotas de agua de lluvia, la vieja higuera con sus raíces retorcidas y los restos de la kábila. “El narrador, sargento de un ejército colonial”, se percata Caudet, “siente entre admiración y respeto por ese objeto-piedra que para él tiene algo de resto-huella humana del pasado — ‘cráneo pelado’— que está aún vivo en el presente — ‘suda con la humedad’—” (2019: 177-178). La vieja higuera con su raigambre interconecta, al igual que la piedra pulida, el presente narrativo con los tiempos ancestrales. Asimismo, queda

¹ En adelante, todas las citas de *La ruta* serán provenientes de esta edición, por lo que solamente se indicará el número de página citada o parafraseada.

“humanizada” mediante la alusión a las venas de abuelo robusto. Las raíces y los árboles, constata Michael Eaude, surgen de forma recurrente en la obra de Arturo Barea, quien hasta tenía la idea de titular la trilogía *Raíces* (2001: 98). Las raíces remiten a la antigüedad ya que algunos “símbolos de origen mítico, especialmente los que se refieren a los orígenes del mundo y del hombre, hay que enmarcarlos en el ámbito de las plantas (Lamelas Míguez 2002: 53). En el Libro del Génesis los vegetales, entre ellos árboles frutales, fueron creados antes que los animales y el ser humano (Génesis 1-11). La higuera es, asimismo, un árbol que se remonta a tiempos lejanos. Lamelas Míguez destaca su capacidad de resistencia y fertilidad, ya que prospera también en terrenos pobres y pedregosos² y da frutos dos veces al año, a la vez que enfatiza que en la *Biblia* indica seguridad y paz, tal y como se observa en la frecuente referencia al bienestar que significa estar bajo la parra y la higuera (1 Reyes 4 25; 1 Macabeos 14, 12; Miqueas 4, 4; Zacarías 3, 10) (2002: 55).

El tercer elemento esencial del párrafo citado —los restos de la kábila al otro lado del arroyo que, como se revela más adelante, “fue arrasada de la raíz de la tierra” (10)— ofrece una clara lectura antimilitarista de la novela mediante la visión del pasado, del presente y del futuro de la kábila. Al pasado pertenecen cuadros cotidianos relacionadas con el hogar que representaba la kábila para sus habitantes: una esterilla de paja trenzada en la puerta de las chozas para dejar babuchas en la entrada, otra “dentro, para agruparse en cuclillas alrededor de las tazas de té” (9), el pan que “era tortas chamuscadas, cocidas sobre piedras calientes” (9), hombres y mujeres que aran la tierra (10). El presente, marcado por la guerra, está impregnado del olor a carne asada, a caballo y a “soldado sudoroso con piojos en cada pliegue de su uniforme” (11). La postura antibélica se desarrolla con más nitidez con la alusión a los oficiales, quienes, después de informar al general sobre los muertos o los heridos, “se iban soñando con las cruces que aquellos muertos les hincarían sobre la guerrera al lado del corazón” (11). Al antimilitarismo se une el sinsentido que ve Barea en el colonialismo español. El futuro se ve condicionado por la construcción de una carretera: “Cientos de hombres cavan la tierra y allanan un camino ancho que pasará al pie de la kábila y la kábila se beneficiará del camino. ¡Ah! No. No podrá beneficiarse, porque ya no existe” (11). El narrador presagia, irónica y amargamente, que donde estuvo la kábila, quizá se alce pronto una ciudad de mineros. “Volverán los moros de la vieja kábila. Comerán pan blanco sin pajas ásperas. Viajarán en el

² La zona que le tocó a España en el reparto marroquí fue descrita como “el hueso de Yebala y la espina del Rif” debido a la complicada orografía del terreno (Tusell 1998: 368).

tren, sucios de polvo y carbón; irán a la ciudad y se divertirán en la feria [...]. Volverán felices a la mina” (11-12).

Con esta desengañada reflexión podemos relacionar imágenes de otra localidad que perdió su esencia, evocadas en contraposición a la intrahistoria con los estragos de los acontecimientos históricos. Es Xauen, ciudad de la que el narrador se había enamorado³, pero, puntualiza, no de la Xauen de los militares, con “su campamento general, con sus cantinas y burdeles en borrachera eterna” (117), sino de la otra Xauen, de la misteriosa, con “su muecín salmodiando su plegaria en lo alto del minarete; sus mujeres tapadas [...], sus moros de la montaña [...]. Sus judíos silenciosos deslizándose a lo largo de las paredes [...]” (117-118). En las noches de luna, prosigue, Xauen evocaba en él a Toledo “con sus callejuelas solitarias y tortuosas” (118) y le suscitaba la sensación como si la España medieval hubiera resucitado y estuviera ante él (118).

De esta manera, las raíces de la vieja higuera, alegóricamente, se ubican en el contexto de la España medieval de las tres culturas y de una vida todavía no agredida por el colonialismo, por la industria y los vicios, llevados a cabo bajo la falsa promesa del progreso. Este progreso, a través del cual se manifiesta el antimilitarismo y el anticolonialismo, “que eran parte constitutiva de su personalidad y de su ideología” (Caudet 2019: 190), se pretende realizar con la mencionada construcción de una carretera que incluye la destrucción de la higuera. Las afirmaciones de que es un buen árbol de unos quinientos años (41) o de que se trata de un árbol magnífico que va a costar arrancar (41) aluden a su antigüedad, al tiempo que su “bondad” se refuerza mediante la comparación de los últimos higos que se están comiendo los soldados españoles con la dulzura de miel vieja (12). La higuera es de vital importancia para los trabajadores lugareños, que reciben una ración de pan e higos como su alimento durante el día (25). Asimismo, el árbol y su fruto tienen un simbolismo en la convivencia entre el narrador y los marroquíes que simpatizan con él. Con una cesta llena de higos y con dos gallinas, un marroquí agradece a Barea haberle curado (31). Otro venía a buscarle al pie de la higuera para charlar con él durante horas y le invitaba a tomar té en su casa (69). El microcosmos alrededor del viejo árbol se convierte así en un lugar plural, un cruce, no solamente de caminos, sino también de culturas mucho más interconectadas de lo que aparece reflejado en informes militares. Junto a una interpretación histórico-política, de los tres elementos del párrafo inaugural del libro, así como de los retales de la vida cotidiana de Xauen con su diversidad

³ Francisco Caudet destaca la empatía, la proyección sentimental (“Einfühlung”), en la obra de Arturo Barea. De ello, resalta Caudet, “es un clarísimo ejemplo lo que le ocurrió a Barea a medida que fue conociendo Marruecos” (2019: 190).

religiosa y cultural, comparable con la del Toledo medieval, emana lo más originario, lo cohesionador para todos los humanos, lo relativo a la intrahistoria, es decir, a la tradición eterna, “legado de los siglos” (Unamuno 1957; 27), que es “tradición universal, cosmopolita” (Unamuno 1957: 34).

La higuera tiene también una función testimonial. Ella presencia la dinámica vital del narrador, que, en sus palabras y apuntando, una vez más, a su desacuerdo con el colonialismo español, puede empujar a uno a caer en estado de bestialidad: “Desayunar, sentarse a la sombra de la higuera, comer, sentarse a la sombra de la higuera, cenar, dormir y despertarse con el mismo programa ante uno” (86). Asimismo, le obsequia la posición de testigo, de observador distanciado, ya que solía sentarse sobre una piedra lisa entre las raíces de la higuera a los pies del cerro de Hámara desde la cual “podía abarcar el conjunto de la obra” (27). Además de formar parte del mosaico de estampas intrahistóricas en *La ruta*, este detalle remite a los años de exilio de Barea, en el que él, desde la lejanía, reclamaba y recordaba sus propias raíces.

La personificación de la higuera, así como la identificación del narrador homodiegético con el destino de este árbol centenario, introducen la ramificación interpretativa de este espacio simbólico. Mientras se está haciendo un barreno en el corazón de la higuera (60), se observa una progresiva empatía con el “dolor” del viejo árbol por parte del narrador, quien, sentado sobre una de sus raíces, percibe que los golpes vibran dentro de él como una queja. Más adelante, siente el ruido de los martillazos otra vez como una queja, “como si fueran las propias entrañas de la tierra y no las del árbol las heridas a cada golpe” (61). El sentimiento por el viejo árbol le da la idea para salvarlo. Y lo hace convenciendo al comandante de que debajo de él hay agua. La salvación de la higuera es el tema de una de las cartas que dirige a su madre. En aquella carta, que su madre guardó y releyó un sinnúmero de veces, “el sujeto era la higuera, ‘mi higuera’” (63). La higuera, cuyo valor emocional es potenciado mediante el uso del posesivo, aparece metaforizada como la vida misma y lo esencial de ella: el agua y la madre. De este modo representa, por un lado, la esfera más íntima y afectiva habitada por la figura materna, pero, por el otro, la madre-tierra.

3. LA HIGUERA Y EL CAMINO: SU SIGNIFICADO EN CLAVE DE FUTURO

Otra dimensión interpretativa de la higuera y sus alrededores puede ser contemplada en vista del futuro exilio y la pérdida del paraíso primordial del desterrado, “un espejismo del pasado que nunca podrá encontrar nuevamente” (Kristeva, 1991: 18-19). La higuera, con toda su simbología señalada, desde la distancia temporal y geográfica, a través de los motivos como

abuelo, madre, corazón, herida, queja, entrañas, raíces o venas, expresa la dolorosa reflexión y el sentimiento del emigrado hacia su país natal. La historia de la higuera es la de la reivindicación y confirmación, mediante la palabra escrita, de las propias raíces de las que Barea no quiere desprenderse.

En este sentido, observamos un paralelismo entre la resistencia de Arturo Barea de dejar de pertenecer y la del viejo árbol ante el intento de destruirlo. Las raíces de la higuera son tan hondas que los soldados tienen que volarla con medio cartucho de dinamita (12) y tan esponjosas que se agarraban más fuertemente a la punta triangular, cuanto más profundo penetraba el barreno (62). A la vez, la higuera centenaria amenazada por los explosivos al final de *La ruta* también anuncia, metafóricamente, la Guerra Civil.

En opinión de Ignacio Soldevila Durante, la vuelta a los orígenes parece ligada en los novelistas del exilio, “más que a una cierta nostalgia, al deseo de remontar a las causas primeras de un conflicto cuya obsesión parecían querer exorcizar con sus testimonios” (2002: 72-73). Esa vuelta a los orígenes está representada por la zona de los pinos de La Moncloa, que en la primera parte de la trilogía opera como un espacio íntimo y formativo, pero que en *La ruta* es ubicada en el contexto del futuro sangriento para España a base del paralelismo entre dos espacios geográficos distantes, España y Marruecos; dos rutas y diversos tipos de árboles que resaltan por su antigüedad.

Al final de la obra, el narrador rememora “un famoso camino” (342) que se dirige de Madrid al norte y que hicieron construir los reyes de España. A ambos lados de esta ruta de reyes seguían “creciendo aún árboles milenarios, restos de los bosques primevos que una vez rodearon Madrid” (342). Los domingos el narrador solía ir a lo largo de esta carretera hasta los pinares. Y precisamente allí la ruta de los reyes le recordó a Marruecos, aquella otra ruta y una historia ocurrida antes de que la carretera llegara hasta la higuera protagonizada por “un viejo moro ciego” que “vino lentamente montaña bajo, golpeando con su palo los montones de tierra cavada” (344). Ante la explicación del narrador de que allí se iba a construir una carretera, un camino llano, el viejo le responde:

¿Un camino llano? Yo siempre he caminado por la vereda. Siempre, siempre. No quiero que mis babuchas se escurran en sangre y este camino está lleno de sangre todo él. Lo veo. Y se volverá a llenar de sangre, ¡otra vez y otra y cien veces más! [...] Había olvidado el incidente. Ahora lo recordaba. Dos veces ya aquella ruta se había empapado de sangre española. Y por aquellos días, miles de hombres están trazando nuevas rutas a través de toda España (344-345).

“Este final”, constata Caudet, “que recoge el sentido del sinsentido de lo ocurrido-narrado en *La ruta*, preanuncia el comienzo del sinsentido de lo que iba a ocurrir e iba a narrar Barea

en *La llama*” (Caudet 2019: 216), la tercera parte de la trilogía, en la que se ahonda en los hechos ocurridos en los años previos y durante el conflicto bélico. De esta manera se completa la lectura simbólica de la narrativización del paisaje en *La ruta* y de la visión intrahistórica de la campaña militar española en África, en la que la higuera con su ramaje y raíces resistentes, como una parte esencial de la tradición eterna, se erige como símbolo de lo afectivo, lo íntimo, profundo, lo ancestralmente humano, universal y diverso, en una continua interrelación con el compromiso social, histórico y político, presente en toda la obra de Arturo Barea.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGUADO, Txetxu (2004): “‘Imán’, ‘La ruta’ y ‘El blocao’: Memoria e historia del desastre de Annual”, en *Revista Hispánica Moderna*, nº 1/2, pp. 99-119. <<https://www.jstor.org/stable/30203760>> (2-1-2024).
- BAREA, Arturo (2000): *Palabras recobradas. Textos inéditos*. Madrid: Debate.
- (2008): *La ruta*. Barcelona: Debolsillo.
- CAUDET, Francisco (2019): “Introducción”, en Arturo Barea, *La forja de un rebelde*. Madrid: Cátedra, pp. 13-365.
- GARRIDO DOMÍNGUEZ, Antonio (2017): *El texto narrativo*. Madrid: Síntesis.
- EAUDE, Michael (2001): *Arturo Barea. Triunfo en la medianoche del siglo*. Badajoz: Editorial Regional de Extremadura.
- KRISTEVA, Julia (1991): *Extranjeros para nosotros mismos*. Barcelona: Plaza & Janés.
- LAMELAS MÍGUEZ, Julio (2002): “Notas de simbolismo bíblico en el arte ourensano (II). El mundo vegetal: el árbol de los orígenes, la higuera, la vid, el trigo y el olivo” en *Porta da aira: revista de historia del arte ourensano*, nº 9, pp. 53-56. <<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2011098>> (2-1-2024).
- NÁCAR FUSTER, Eloíno y COLUNGA CUETO O.P., Alberto (traducción y edición) (2001): *Sagrada Biblia. Versión directa de las lenguas originales*. Madrid: Biblioteca de autores cristianos.
- SÁNCHEZ ZAPATERO, Javier (2009): “La predisposición al testimonio en la literatura del exilio”, en *Tonos digital: revista de estudios filológicos*, nº 18. <https://www.um.es/tonosdigital/znum18/secciones/estudio-22-literatura_exilio.htm> (2-1-2024).
- SOLDEVILA DURANTE, Ignacio (2002): “El lugar del exilio en la historia de la literatura”, en *Migraciones & Exilios: Cuadernos de la Asociación para el estudio de los exilios y migraciones ibéricos contemporáneos*, nº 3, pp. 69-75. <<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2326770>> (2-1-2024).
- TUSELL, Javier (1998): *Historia de España en el siglo XX. Del 98 a la proclamación de la República*. Madrid: Taurus.
- UNAMUNO, Miguel de (1957): *En torno al casticismo*. Madrid: Espasa-Calpe.